

En el cuarto Centenario del retablo mayor de Santa Clara de Briviesca

SEMBLANZA DE LA FUNDADORA

Nos encontramos, querido lector, en presencia de una de las figuras más señeras, más representativas y más interesantes de todas las épocas de la historia de Briviesca.

Esta mujer singular, tan poco conocida por los briviescanos, ha permanecido oculta en la penumbra del tiempo, por espacio de más de cuatro siglos.

Viene de una familia de notable fulgor: La casa de Velasco (1) entroncada con la de Mendoza, cuyos árboles genealógicos tienen una fronda de casos humanos.

Políticos, guerreros, poetas, descubridores, mitras y mucetas, formaron una estirpe de esclarecidos forjadores de imperio español, cuyas vi-

(1) Esta iglesia, Monasterio y hospital fueron fundados y dotados por la muy magnánima señora doña Mencía de Velasco hija del muy ilustre Sr. don Pedro Hernández de Velasco, condestables de Castilla y de la muy ilustre señora doña Mencía de Mendoza, condesa de Haro. Sus primeros abuelos paternos don Pedro Hernández de Velasco primer Conde de Haro y su mujer doña Beatriz Manrique y segundos don Juan Hernández de Velasco, camarero mayor del rey don Enrique y doña María Soler señora de Villalpando, y terceros don Pedro Fernández de Velasco señor de Medina y Briviesca y doña María Sarmiento, y cuartos don Fernán Sánchez de Velasco y doña Mayor Castañeda.

Y por su madre doña Mencía, sus primeros abuelos el marqués y marquesa de Santillana, don Iñigo López de Mendoza y doña Catalina de Figueroa, y segundos el almirante don Diego Hurtado de Mendoza y doña Leonor de la Vega, y terceros don Pedro González de Mendoza y doña Aldonza de Ayala y cuartos don Gonzalo Yáñez de Mendoza y doña Juana de Orozco.

das se vieron realizadas por próceres iniciativas en cuanto a arquitectura señorial, religiosa, política y militar.

Hija de los condestables de Castilla, nace Mencía en cuna esmaltada con los más nobles blasones castellanos a pesar de lo cual, se muestra remisa a casarse con algún mozo capaz de mantener el brillo de su sangre.

Lánguida y rubia como una virgen del Broncino, la blancura de su rostro está creada por el cierzo castellano, lo que no impide que sus mejillas se vean levemente amapoladas. El cabello rizado con primor, asoma por debajo de la toca de terciopelo y en los labios la florece una sonrisa que da luz a su rostro.

Aliñada, abullonada, crujiente, un galón de plata vieja chapea hasta tres veces el ruedo de su falda carmesí, percibiéndose en sus diminutas orejas, como se balancean las arrancadas de diamantes de su abuela la marquesa de Santillana.

Desde muy joven respiró en Medina de Pomar el aire claustral, y aunque no profesó nunca, todas las potencias de su alma las dirigió hacia el supremo objetivo de su salvación.

Una fe religiosa y franciscana expresada con vehemente resolución, la hace andar siembre en el ajetreado ejercicio de sus virtudes, sintiendo en su interior cada vez con mayor frenesí, la ansia creciente de pasión por la Virgen Santísima, y delira imaginando una gran casa del Señor en la que núbles voces canten sus alabanzas a la Corredentora del género humano.

Otro amor arde también dentro de su pecho; el amor al desvalido, pero su caridad de alto rango evangélico, no se limita al mero socorro material, ya que comprende a todas las manifestaciones de la vida y llega a los matices más finos del espíritu.

Esta ilustre mujer, no cesa hasta ver realizado su sueño y el 17 de mayo del año de gracia de 1512 con gran pompa y solemnidad y con la excepcional asistencia del legado Pontificio Carlo Poggio se pone le primera piedra de esta gran obra, de este colosal complejo que forman el monasterio, la iglesia y el hospital, para lo cual con un desprendimiento que retrata los magnánimos sentimientos de esta ilustre dama, entrega todos sus bienes y su renta, y sus joyas, y como aun le parece poco, entrega su ajuar, y más aun, dá hasta sus ropas quedando sumida en la más absoluta pobreza.

«Anda, vende todo lo que tengas, dáselo a los pobre y sígueme».

El 15 de diciembre de 1517, tras la celosía del convento de Santa Clara de Medina de Pomar, dá Mencía forma jurídica a su última voluntad otorgando testamento.

«Dejo todos mis bienes y rentas para que sobre la vega de Valde-

prado Briviesca, se levante un Monasterio de monjas de la orden de San Francisco y acabado se haga junto a él un hospital donde «tengan» cierta cantidad de pobres vecinos y naturales de la dicha villa».

El procolo testamentario termina con una cláusula del más encumbrado valor poético-religioso.

Los blasones dicen mucho a quienes los saben leer, y cuando hablan más expresamente, es en el despliegue de la sentencia o lema del escudo que como en este caso de los Mendoza, (Madre de doña Mencía) lleva impresa la máxima de una ferviente confesión cristiana que reza así: «Ave María Gratia plena».

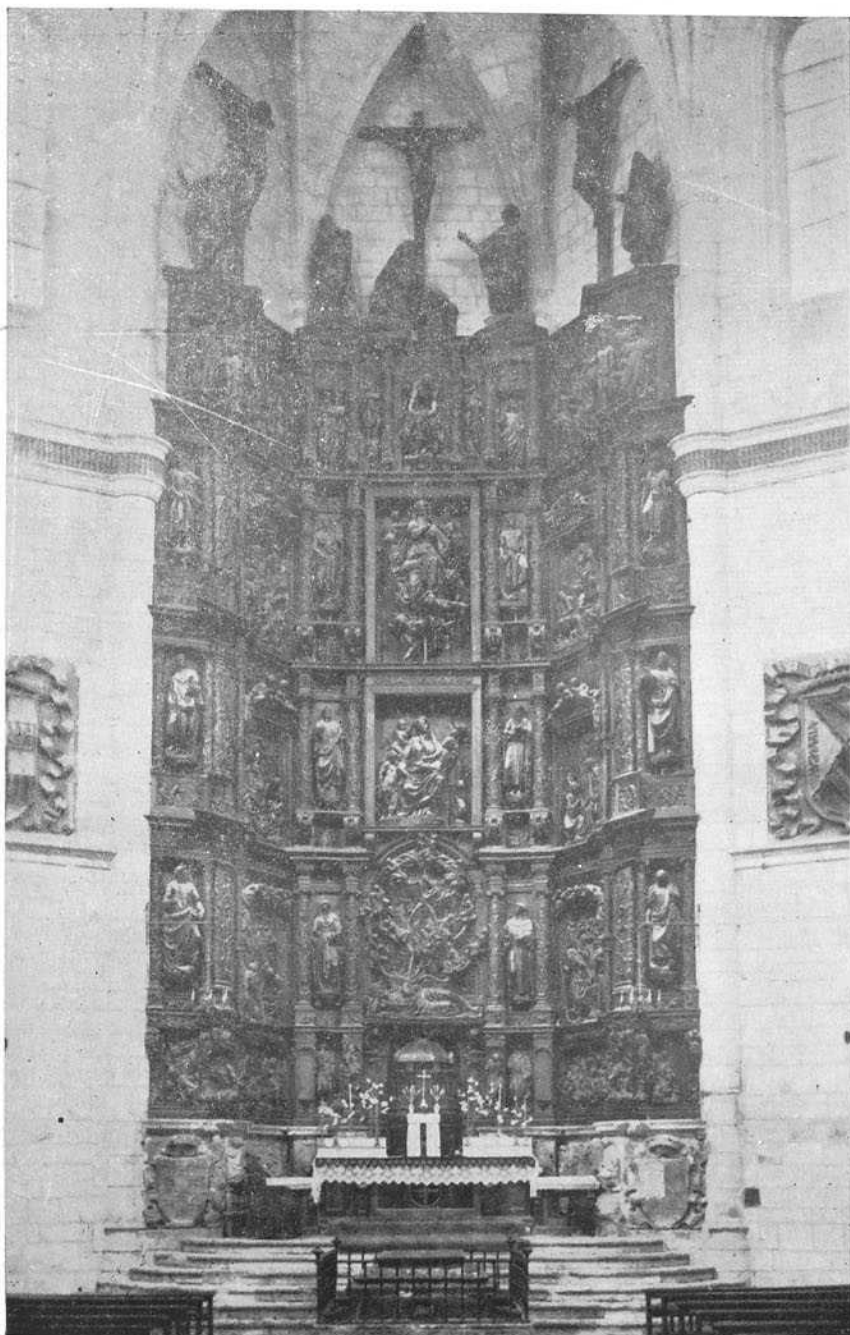
Esta devoción de sus mayores recuerda a Mencía que la liturgia reza tres veces al día la Encarnación del Hijo de Dios, por lo cual dispone en su testamento, que el bello prodigio de la maternidad virginal, lo canten nueve monjas nueve veces, cuando los relojes del orbe crucen el filo del mediodía y las campanitas del Monasterio a coro con todas las de las iglesias del mundo, toquen el Angelus.

La fundadora no logró ver terminada tan magna empresa. La muerte con su aliento helador la llevó al sepulcro. En el coro del convento resonaron los cantos funerarios y su cuerpo amortajado con el hábito de San Francisco ostentaba sobre el pecho un escapulario de la Merced.

Ocho monjas depositaron los despojos de doña Mencía en la fosa abierta a los pies del altar mayor, sobre la que se alzó un sepulcro de jaspe rosado, sencillo y sin inscripción alguna, severamente exornado con dos filas de losanges y circundando con una verja de humilde pobreza.

Virgenes, santos, ángeles, profetas, evangelistas y apóstoles forman en el retablo mayor del coro de alabanza a la Virgen Santísima que no obstante la aplomada contextura de la talla de la imagen, «flota como en un milagro» hacia los brazos de su Hijo, que la espera anhelante en el compartimiento superior de esta magna y poderosa obra, levantada por Mencía en honor y gloria de la Madre del Salvador.

ENRIQUE GALVEZ-CAÑERO



Briviesca.-Retablo de Santa Clara,
(Corresponde al artículo del Sr. Gálvez Cañero)